



GAETANO DONATO

Reservado

Reservado

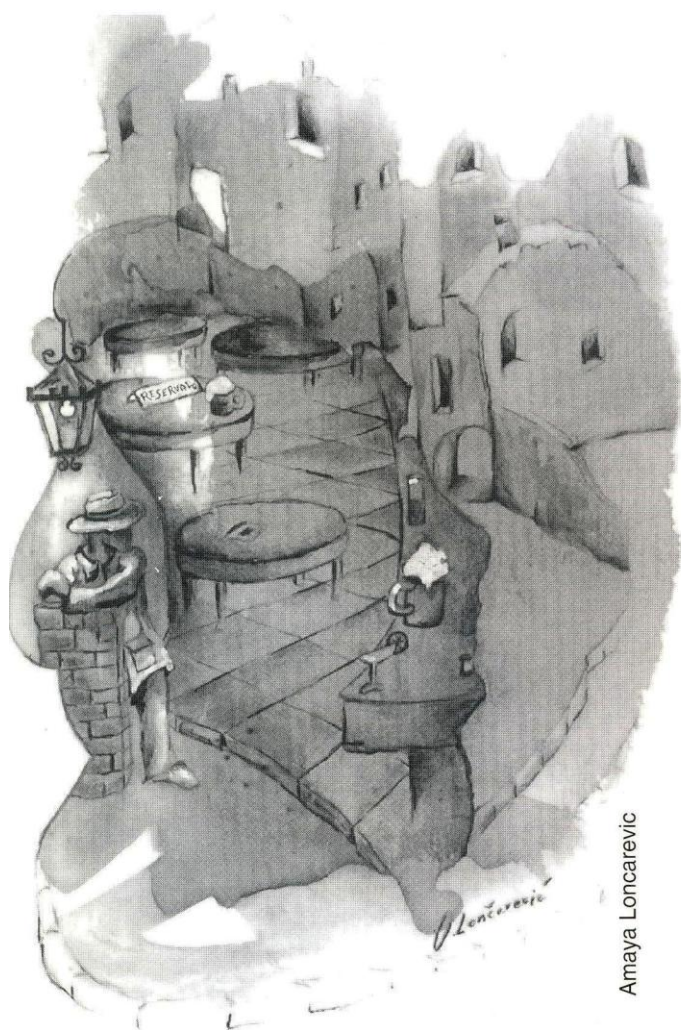
Lo que en adelante se escribe, quizá no concuerde en nada con lo que aquella noche ocurriera ; quizá si cualquier espectador tuviera que narrarlo, incluso si ella misma hubiera de hacerlo, resultaría todo diferente, realmente diferente. Así me fue contado por Darío algunos días antes de marcharse a Almesnar. Intentaré atenerme lo más posible a sus palabras.

Se trataba de una calle conocida, en la que él corriera más de una noche con amigos, mujeres y cerveza, en sus tiempos de estudiante; se trataba de una noche de frío conocido, húmedo. Con la mirada esquizoide me juraba que esa mujer era diferente, que ejercía sobre su entorno, sobre sí mismo, un efecto desestabilizador. Decidió ella la cantina en la que entrar. En el vano de la puerta se paró él, mirando hacia el exterior, hacia aquella calle tan gastada por el alcohol y los magreos con otras. Me dijo que no conocía ese local y, al día siguiente de contármelo todo, tuvimos que volver al lugar para comprobar que seguía allí.

Yo solía frecuentarlo en mis años universitarios, cuando aún no conocía a Darío, pero me extrañó que él nunca lo hubiera visto. Insistió y yo le creí. Aquel local de gente pendenciera había permanecido durante años oculto para sus ojos; sólo esa noche le fue dado entrar. Volvió la mirada hacia el interior del antro. Una barra de madera lo cortaba en profundidad. Entre las cabezas de los que bebían de pie y gesticulaban como histriones, descubrió iluminados entre todo el humo los ojos de ella, que se cerraban ligeramente en una sonrisa. Se adentró descubriendo que todas las mesas estaban ocupadas y el paso se hacía cada vez más frágil.

Parado frente a una mesa, miraba a un hombre calvo que lamía con avidez el cuello y la gran teta de una voluminosa mujer rubia que reía estrepitosamente. Lo invadió una injustificada ansia. Por fin, la alcanzó en el fondo del local, acompañada ahora de un señor mayor sonriente y vestido con frac que le dijo: "Buona sera, signore. Benvenuto. Siamo a vostra disposizione. Questo è il vostro tavolo." Después el hombre se dirigió a ella en alemán, hablando de manera incomprensible para Darío, y ella asintió.

Una mesa de madera oscura con sillones forrados de terciopelo rojo, y un cartelito con la palabra "RESERVADO" escrita con rotulador negro ocupaban la remota profundidad de ese local.



Amaya Loncarevic

Se quitó el abrigo; al hacerlo ella, se percató de que le miraba los pechos, después a los ojos. Bebieron cerveza. Me contó que sólo ella habló esa noche: de su vida, de una tía suya que soñaba con ir a Francia y coleccionaba basura y se pintaba de rojo los labios, de un hombre sonriente y rubio. -Mientras ella discurría siempre distante, él, al otro lado de la mesa, la besaba en sus dientes perfectos, en sus labios carnosos, y sus pechos tiernos y cálidos alimentaban su sexo. Me confesó que esa voz le había enamorado.

Tras varias horas, vencida por el sueño, quedó dormida. Sólo entonces, él se acercó y, abrazándola, la besó suavemente por primera y única vez, y la recostó sobre su hombro. Así veló su sueño hasta el amanecer.

De lo que ocurrió más tarde no me habló. Fuimos a cenar y cambió de tema. Darío decía que por Almesnar, antes o después pasa todo el mundo por lo menos una vez, aunque puede que uno no se percate de ello. Él siempre está allí: a veces en parte, a veces del todo. En esa pequeña ciudad las cosas materiales ya están resueltas o al menos no se las nota: como si a las calles más recónditas de nuestra persona le pusieramos nombre para encontrarnos un poco, antes de morir.

Es posible que cuando viajen ustedes por esas calles metafísicas se encuentren con Darío y él mismo les cuente qué ocurrió después.

La Laguna, enero de 1998.

Una mujer canosa barría el suelo cerca de la entrada. El silencio era ensordecedor. De pronto se abrió la puerta y la luz del día nos deslumbró hasta lo más profundo de nuestros sueños, y Amelia se despertó. El señor mayor vestido con frac se acercaba acompañando a un hombre sonriente y rubio con pinta de alemán. En pocos segundos llegaron a nuestro lado.

Sólo en ese momento, por lo poco que tardaron aquellos individuos en recorrer el espacio entre la puerta y nosotros, me di cuenta de que el local estaba vacío. Se dijeron los tres algunas palabras en alemán y el rubio la cogió de la mano, dirigiéndose los dos hombres y ella hacia la salida. Desde el vano de la puerta se giró mirándome con los ojos ligeramente cerrados en una sonrisa. De nuevo me dio la espalda y permaneció unos segundos. Después desapareció y yo quedé en aquella remota profundidad, deslumbrado por la puerta que habían dejado abierta.

Entonces necesité contar a alguien lo ocurrido. Adolfo me escuchó incrédulo y tuvimos que volver al local que, según me dijo, conocía desde hacía años. Ahora, desde Almesnar, me cuesta trabajo recordar lo que conté; ni siquiera sé si lo hice, ni si Amelia existe y, si existe, si llegara yo a sentir el sabor salobre de su boca y la ternura de sus labios y su voz.

Almesnar, hoy.